

Teresa del Conde

EN EL  
CINCUENTENARIO  
DE LA  
MUERTE  
DE  
FREUD

---

*Lo que el surrealismo  
debe al psicoanálisis*



Persistence de la mémoire. 1931

S. DALÍ

**T**ODO AQUEL que escribe o habla sobre surrealismo menciona a Freud, aunque nunca lo haya leído. Por eso suele creerse superficialmente que su influencia en el surrealismo fue una entre muchas y no la más importante, lo que dista de ser cierto. Desde el ángulo psicoanalítico y también desde las mismas categorías surrealistas, puede afirmarse que la influencia más poderosa que recibió André Breton (1896-1966) en lo que respecta a la gestación del movimiento por él creado, provino de Freud, y no es verídico, como algún incauto ha dicho por allí, que lo sucedido fue que ambos abrevaron en las mismas fuentes sacando conclusiones parecidas.

Una influencia valiosa es aquella que causa que el pensamiento de un hombre estimule a tal grado el pensamiento de otro, de tal manera que este último logre desarrollarse en una nueva dirección, asimilándola a su ya existente marco de ideas. La resultante suele ser una síntesis nueva y poderosa y tal es el caso de Breton con Freud. Lo primero que hay que tener en cuenta es que obviamente las metas de uno y otro fueron distintas y en ciertos aspectos contrapuestas. Freud pudo proporcionar a Breton un método para abordar la “conquista de lo irracional”, pero él mismo, como es archisabido, “detestaba a los lunáticos”, cosa que confesó con claridad meridiana y sin andarse por las ramas a su respetado discípulo y seguidor, el pastor protestante Oskar Pfister (1873-1956), a quien le dice en una de las muchas cartas que le escribió: “En la vida real... sólo veo el daño que pueden hacer”. El método que ideó no tuvo en ningún momento como objetivo principal y ni siquiera secundario, el desatar la correlación artística de las neurosis (o psicosis), sino el conocerlas a profundidad con el fin de descifrarlas a varios niveles. Si el paciente aprendía a hacer eso con su propia neurosis, sería posible obtener una disminución del *pathos*. Freud era médico y aunque llegó a abominar de su profesión se mantuvo fiel a su juramento de Hipócrates. El psicoanálisis lo llevó a otros terrenos y sobre todo al de la cultura, para el que estaba especialmente dotado pues aparte de su formidable formación humanística era un gran escritor. Pero su cometido nunca fue exaltar ni su propia creatividad ni la de otros. Si esto llega a suceder



mediante el psicoanálisis, es porque a través del conocimiento del “ello” es posible en algunos casos poner al servicio de la creación los vericuetos mil por los que éste pugna para hacerse presente en la conciencia.

Por lo que respecta ya no a los propósitos del psicoanálisis, sino a la teoría, no hay que olvidar que la que Freud propone acerca del inconsciente y que Breton acepta es de raíz romántica (Albert Beguin lo demuestra). A grandes rasgos el autor francés esgrime que los sueños, la poesía, el hipnotismo, el éxtasis y la locura se encuentran interrelacionados. Para los románticos todas estas cosas constituyen lazos con la infancia, con el pasado primitivo, con una edad de oro sin matices cristianos.

A Freud no le gustaba la personalidad de los artistas, a quienes admiraba y envidiaba, pero los veía con reservas, relacionándolos con los neuróticos y enfatizando sus sobrecargas de narcisismo primario, característica ésta que dicho sea de paso también es propia de un número nada despreciable de intelectuales, acaso hasta de Freud mismo, que en un mucho era artista. Fue él, el primero en poner en palabras la relación que existe entre el retorno de lo reprimido y el proceso creativo, cosa que los surrealistas hicieron valer al máximo sin quitar el dedo del renglón. De otra parte, justo es reconocer que ellos no buscaban los estados exacerbados de conciencia (provocadores del reflujo inconsciente) que protagonizaron muchos poetas románticos, como si dichos estados tuviesen un valor *per se*, más bien trataron de unir el inconsciente con la acción, con la vida, en esto estriba lo que Breton llamó “la revolución surrealista” título que dio a una de las varias revistas que auspició. Los surrealistas no fueron metafísicos y en esto coincidieron con Freud, pues al igual que el médico vienés se volcaron de buen grado en la vertiente empírica, tanto que Breton estableció el *Bureau de recherches surrealistes* tomando como modelo *La interpretación de los sueños* y la casuística freudiana.

Ya antes de 1916, fecha en que Breton trabajó en el Hospital de Saint Dizier como psiquiatra auxiliar, el propósito que perseguía intencional y conscientemente era: “la búsqueda de una visión satisfactoria de la mente que no implicara una oposición entre lo irracional y lo racional”. Su primer comentario sobre Freud viene registrado en una carta a Tristan Tzara: “He estudiado poco de filosofía, pero la psiquiatría me es muy familiar. Kraepelin y Freud me han deparado emociones muy fuertes”, escribe el 4 de abril de 1919. Al año siguiente, en el ensayo titulado *Pour Dada*, menciona por primera vez a Freud en letra impresa, dice: “Se habla de una exploración sistemática del inconsciente, no del abandono a la inspiración” (palabra que a Breton no le gusta). “Necesitamos conocer la aplicación de un sistema que hoy en día desempeña un papel importante en la psiquiatría: el psicoanálisis de Freud”.

Sin embargo, no fue sino a partir de 1924 en que acuñó su *Primer Manifiesto del Surrealismo* que el psicoanálisis freudiano vino a manifestar su evidente influencia en el programa de Breton. Hasta la definición de surrealismo que encabeza este primer manifiesto es freudiana:

Surrealismo. Sustantivo masculino. Automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar, verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral.

Freud practicó este método, todavía sin exponerlo teóricamente, desde 1889 en que trató a una mujer de cuarenta años conocida como Emmy von N. de una neurosis histérica. En la cura alternó el hipnotismo con lo que en ese momento llamaba “análisis psicológico”. Dice en el historial clínico:

La conversación que sostiene conmigo no es un despropósito. A menudo desemboca de manera inesperada, en reminiscencias patógenas que ella apalabra sin que se le pida. Es como si se hubiera apoderado de mi procedimiento y aprovechara la conversación, laxa y guiada por el azar, para complementar la hipnosis.

En un breve ensayo de 1920 “Sobre la prehistoria de la técnica analítica”, Freud cita la fuente que según él, le sirvió de disparadero para la asociación libre, que vino a constituirse en arma psicoanalítica por excelencia y a la que llegó progresivamente por varios caminos entre 1889 y 1898. Resulta que el escritor Ludwig Borne, a quien leyó durante su adolescencia, recomendaba que “para convertirse en un escritor original en tres días se escribiese todo lo que viniera al pensamiento”, al mismo tiempo que denunciaba los efectos de la autocensura en las producciones demasiado intelectualizadas.

La asociación libre (también investigada por Pierre Janet a principios de siglo), tiene por objeto poner en evidencia un determinado orden del inconsciente. “Cuando se abandonan las representaciones-meta (*Zielvorstellungen*) conscientes, el curso de las representaciones pasa a ser gobernado por representaciones-meta ocultas”. A este tipo de actitud por parte del paciente, Freud parangona un equivalente del lado del analista que consiste en mantener la atención flotante, un espacio de suspensión tan radical como sea posible, de todo lo que habitualmente focaliza la atención: inclinaciones personales, prejuicios, puntos de partida teóricos, preocupación por el futuro del analizado, etc. En los “Consejos al médico que ejerce tratamiento psicoanalítico” (1912) sugiere lo siguiente:



Al igual que el paciente debe decir todo lo que pase por su mente, eliminando toda la objeción lógica y afectiva que le induciría a seleccionar, también el médico debe estar en condiciones de interpretar todo lo que escucha... sin que su propia censura venga a reemplazar la selección a la que ha renunciado el paciente.

Ambas posturas, que en realidad son la misma, son y han sido prácticas poéticas desde siempre, por eso Freud repetía casi con obsesión que los artistas y los literatos vienen explorando el inconsciente desde mucho antes que existiera el término para designarlo.

Hay una diferencia radical entre Freud y Breton en medio de tantas coincidencias. Freud se ocupó poco de los psicóticos endógenos, el psicoanálisis ante ellos “rinde sus armas”, decía Breton, en cambio, hizo elogio de la locura. Pensaba que los locos no se encuentran constreñidos o suavizados por ninguna meta razonable y esa libertad total “da a sus creaciones una majestad que sólo es parangonable a la de los primitivos. La libertad de espíritu lleva a la libertad de expresión”. Como Erasmo, equiparaba la locura a la posesión y sin embargo mantuvo en vilo la idea de que el surrealismo no era para delirar, sino para explorar el delirio. La ambivalente actitud, según explicó Michel Carrouges, lo llevó a reflexionar sobre ciertas “consideraciones” de higiene mental que tuvieron que ser adaptadas en vista de que sus afiliados propusieron llevar a cabo acciones que se antojan un poco desmesuradas. Por ejemplo, René Crevel llegó a instigar a un suicidio en masa, Robert Desnos atentó contra la vida de Paul Elouard y Jacques Vachè indujo a un amigo a experimentar con opio, y a resultas del “viaje” ambos murieron de sobredosificación, sin que se sepa si fue accidente o suicidio. En tal forma que si por un lado había que escapar a la prisión de la lógica, por otro el instinto de conservación era de tenerse en cuenta. Bastante dialéctico se mostró André Breton al manejar estas cuestiones, más cerca, sin embargo, de Freud que de su propia fe surrealista. En el preámbulo diferido a la edición de 1962 de *Nadja*, que salió a la luz en 1928, reconoce que su relato “está calcado de la observación médica, sobre todo psiquiátrica” y el modelo de la novela, no sólo inspirada sino integrada de episodios autobiográficos, por supuesto que se estructura como un historial clínico, bastante parecido a los célebres casos de Freud. Es muy significativo que después de hablar de la libertad “adquirida aquí abajo a costa de mil renunciamientos” y de exigir “que se goce de ella sin restricciones... sin consideraciones pragmáticas según los medios de que cada cual dispone”, concluya con la siguiente afirmación, tomada de la última página:

Nunca pensé que ella (*Nadja*) pudiera perder, o que hubiese ya perdido, el favor de ese instinto de conservación al que ya me he referido —que hace que mis amigos y yo,

por ejemplo nos *comportemos bien*\* al paso de una bandera, limitándonos a no saludarla, que no en toda ocasión nos la tomemos con el primero que se nos pone enfrente, que no nos demos la alegría incomparable de cometer algún hermoso sacrilegio.

Freud y Breton coincidieron en que no existe delimitación precisa entre razón y locura, pero sobre todo en lo siguiente: se inclinaron a conceder el mismo valor a las percepciones y a las ideas resultantes de una y de otra, eso a pesar de los objetivos distintos que ambos perseguían. El discurso del insano, el del neurótico, el del supuestamente cuerdo que comete actos fallidos y sobre todo el del soñante fueron escuchados y valorados como llaves de oro que permitían entreabrir el espacio de respuesta a la pregunta de siempre, ¿quién soy? Los ejes que Freud prestó al movimiento surrealista constituyen sus cimientos y el surrealismo en su mejor momento logró doblegar para la historia del arte del siglo XX los barrotes de "esa jaula en la que está confinada la experiencia, una jaula en cuyo interior da vueltas y vueltas sobre sí misma y de la que cada vez es más difícil hacerla salir", como dijo Breton.

Un día, 6 de mayo, hace 53 años, Freud cumplía 80 de edad, todavía en Viena, ciudad de la que hubo de exiliarse en junio de 1938. En esa fecha Thomas Mann le entregó una carta de felicitación que reunía los parabienes de escritores y artistas, entre otros la firmaron Herman Broch, Salvador Dalí, André Gide, Herman Hesse, Aldous Huxley, James Joyce, Paul Klee, Robert Musil, Picasso, el músico Bruno Walter, H.G. Wells, Virginia Woolf, etc. Junto con una caricatura la felicitación se publicó en el diario *Der Morgen*, pero el nombre de Breton no aparece. Cosa natural, la animadversión de Francia por el psicoanálisis freudiano merecería todo un estudio y a mi modo de ver tiene su raíz en la figura de otro eminentísimo psicólogo: Pierre Janet, de quien partió el repudio a Freud a pesar (o más bien a causa) de los múltiples puntos de convergencia entre las investigaciones que ambos llevaban a cabo a principios de siglo. El nacionalismo francés fue determinante en la lenta y esporádica asimilación del psicoanálisis, pero habrían de ser dos franceses, un poeta de ascendencia médica: André Breton y un psiquiatra involucrado en la lingüística: Jacques Lacan, quienes en mayor medida dieran a los descubrimientos de Freud un giro altamente creativo. \*\*

\* El subrayado es de Breton.

\*\*Este escrito tuvo como punto de partida una conferencia armada mediante notas sueltas que a invitación de Lous Panabiére y Christine Frérot di en el IFAL, el 22 de noviembre del año pasado, durante el ciclo que ellos organizaron para conmemorar los cincuenta años de la visita de Breton a México. De las vicisitudes biográficas que llevaron a Breton a entrevistarse con Freud en Viena (octubre de 1921) ya me ocupé en el artículo "Freud, Breton y Dalí" publicado en el semanario *Proceso* núm. 398, del 18 de junio de 1984.



Debo al crítico canadiense Ray Ellenwood, especialista en las expresiones contemporáneas del surrealismo, la sugerencia de tratar por escrito esta cuestión de la que ahora sólo ofrezco un esbozo. Conversé con Ellenwood sobre Freud y Breton en el simposio organizado por el Comité Internacional de Historia del Arte en el Palacio de Minería en 1980. El me hizo notar que publicaciones, por ejemplo, como la de Marcel Jean: *Autobiography of Surrealism* que apareció ese mismo año de 1980, apenas si mencionan el nombre de Freud y eso solamente de pasada. El canadiense realizó su tesis doctoral en literatura comparada con el tema de André Breton en la Universidad de Rutgers y una parte remarcable de la información que transmite fue recabada mediante entrevistas personales con Philippe Souplaut, Simone Colinet (viuda de Breton) y Francis Meunier, un surrealista activo todavía en los años setenta, poseedor de estupendo archivo. Hago esta aclaración porque varias cosas interesantes que Ellenwood maneja no aparecen en el libro de Anna Balakian *André Breton, magus of surrealism* (1971). Algunos allegados a Ellenwood, como Jack Spector, lo instaron a publicar su tesis, pero él se ha mostrado reticente a revisarla, dado lo cual sólo ha sido leída por un puñado de personas.

Otro tanto sucede con la tesis doctoral en filosofía de Ana Rosa Palazón también sobre Breton, dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez y presentada en la UNAM en 1984.

Inicié mi conferencia en el IFAL con un sueño de Breton que Ellenwood reprodujo en su tesis y que por razones de estructura no incluí en este artículo, pero que me parece pertinente transcribir como colofón. Se trata del sueño del "urinario volante" que en cuanto a imagen visual se relaciona con Marcel Duchamp.

Breton sueña que descubre un urinario volador piloteado por "un desconocido". A la vez viaja en la nave y la percibe desde fuera. Se da cuenta (en el pensamiento del sueño), que el vuelo es un peligro para los pasajeros y los peatones —aunque ellos no lo notan—. Desciende y persuade al conductor imprudente de seguirlo, pues quiere "examinarlo médicamente". El conductor es un hombre poco menor de 30 años que dice ser médico militar y poseer licencia de conducir. A pesar de ser médico, Breton trata de convencerlo de que puede ser a la vez paciente y le enumera los síntomas de un sinnúmero de enfermedades, enfermedades que no recuerda haber padecido. Termina con estas palabras: "Lo de menos es que yo sea un paralítico general".

Según Ellenwood el sueño tuvo lugar en 1935, año en el que Breton trata de definir la posición política del surrealismo y en que se casa con Jacqueline Lamba, con quien viajó a México en 1938. Es evidente que el conductor del urinario volador es el propio Breton, que se desdobra en el trabajo onírico ejerciendo actitud autocrítica, cosa que por lo demás es mayormente común y directa en los sueños que en la vida de vigilia, tal y como lo da a entender ampliamente Freud en uno de los sueños principios del psicoanálisis: "La inyección de Irma".